de Cristo. Los monumentos revestidos de este carácter son de tal modo numerosos, que se hace supérfluo citarlos aquí. Diremos únicamente que este signo jeroglífico está empleado ya como una lección moral para los vivos, ya como una fórmula de elogio para los muertos. Así, para inculcar en los fieles la necesidad de la oración, se reproducían con frecuencia personajes en actitud de orar, y para dar á entender que la oración no es agradable á Dios sino cuando procede de un corazón sencillo y puro, se colocaba la *orante* entre dos corderos, símbolos de la inocencia (véase Bosio, pág. 445).

Pero que el signo del cordero sea también, y con mucha frecuencia, una fórmula de elogio para los muertos, es lo que no podría quedar en duda en presencia de una multitud de monumentos donde, al lado del emblema, se encuentra una fórmula escrita que es como la traducción literal de aquél, como, por, ejemplo el epíteto INNOCENS ó INNOCENTISSIMVS (Boldetti, página 365.--Mai. *Collect. Vat.*, pág. 401, n. 3). Además, en opinión de los primeros cristianos, la idea de pureza estaba tan unida á la imagen del cordero, que queriendo representar á Susana, que continuara pura bajo la impúdica mirada de los dos viejos, un artista no encontró nada más expresivo que pintar una oveja entre dos bestias feroces (véase Perret., vol. I, pl. LXXVIII, y nuestro artículo *Susana*).

Dos corderos puestos, con el monograma ó la cruz, ó bien un vaso lleno de frutos ó de espigas, denotaban ordinariamente, segun la opinion de algunos anticuarios, la sepultura de dos esposos (Ciamp. *Vet. mon.*, t. II, tab. III.—Allegr. *Sacr. m. di Mil.*, tav. II). El cordero se encuentra algunas veces suprimido y reemplazado por su nombre, como ocurre á menudo con el símbolo del pez. El epitafio da entonces al difunto el dulce título de cordero, y si se trata de un niño ó de un adolescente, lo califica con el gracioso diminutivo de *corderillo*, *agnellus*, y aun el de corderillo de Dios (Perret, vol. VI, pág. 149). FLORENTIVS FELIX AGNEGLVS (sic) DEI. Todavía poseemos un *titulus* en el que un joven de quince años, además del calificativo de INNOX ANIMA, «alma inocente», recibe el título, por demás pomposo y siempre reservado en la Escritura al Cordero divino, de «cordero sin mancha», AGNVS SINE MACULA (Boldetti, pág. 408); lo que no puede decirse de un hombre en tanto que las manchas de su alma no hayan sido borradas por la penitencia. (Se encontrarán detalles más extensos en la materia en nuestro *Estudio arqueológico sobre el cordero y el Buen Pastor*. Mâcon, 1860. Véanse además los artículos *Oveja* y *Carnero* en este Diccionario).

**COREPÍSCOPOS.**—Como desde el siglo III las diócesis de los obispos empezaron á extenderse por los campos, se dieron éstas á especies de vicarios llamados á ejercer una jurisdicción subordinada en los *pagi;* entre los Griegos recibieron el nombre de χωρεπίσκοποι, que quiere decir *obispos de villas*, ó el de περιοδεύται, *curadores* ó *inspectores de iglesias* (*Conc. Laod.*, c. LVII): entre los Latinos fueron llamados *chorepiscopi*, que no es otra cosa que el vocablo griego latinizado.

Después de Constantino, el círculo del territorio de cada diócesis se ensanchó cada vez más, hasta el extremo de que veamos algunas veces varios corepíscopos por diócesis (Basil. *Epist.* CCCCXVIII). Está probado que en Oriente, aunque no ejercieran más que una autoridad vicarial, administraban el sacramento de la confirmación, consagraban las iglesias, imponian el velo á las vírgenes, vigilaban la vida y las costumbre de los clérigos asignados á las iglesias que ellos presidían, á fin de informar al obispo acerca de su conducta con motivo de su ordenación (idem, *Epist.*, CLXXXI); en presencia del obispo, y por su mandato, ordenaban diáconos y aun sacerdotes (*Concil. Antioch.*, c. X); y en ausencia misma del obispo, conferían los órdenes menores (ibíd. y *Conc. Ancyr.*, c. XIII); asistían á los concilios, sentándose entre los obispos y suscribiendo las actas (*In conc. Neoc. Nicæn.*, I. *Chalced.*, act. I.—San Athanas. *Apolog.* II). Es cierto que varios de los oficios que acabamos de enumerar parecen suponer el carácter episcopal. ¿Estaban revestidos de dicho carácter los corepíscopos? Cuestión es ésta que corresponde á los canonistas; en cuanto á nosotros, no hacemos más que consignar los hechos.

En Occidente no se encuentran vestigios de esta institución antes del siglo V. Además, como los obispos delegaron en los corepíscopos casi todos sus poderes (Isid. Hisp. *De offic. eccles.*, II, 6), éstos no tardaron en usurpar los privilegios y derechos que pertenecían en propiedad á sus jefes. De ahí las colisiones que obligaron, desde el siglo VII, á los concilios á limitar los derechos que se atribuían los corepíscopos (*Conc. Hispal.*, II, 7); y en el VIII el Papa San León II les prohibió consagrar los sacerdotes, las vírgenes, las iglesias y el crisma (*Resp. ad episc. Gall et Germ.*): los concilios de este siglo y del siguiente renovaron á su vez estas disposiciones. Por último, en el siglo IX se aminoró de tal modo su jurisdicción, que no les quedó más autoridad que sobre los clérigos menores, y el X vió desaparecer todos sus derechos, que fueron transferidos por los obispos, ya á los arciprestes, ya á los vicarios generales, de manera tal que poco á poco, y antes del final de ese siglo, la dignidad y el oficio de corepíscopo dejaron completamente de existir.

**CORONA.**—En el estilo de las santas Escrituras, en el de los escritores de los primeros siglos, así como en el lenguaje figurado de los monumentos primitivos, la corona es un



emblema de victoria y de recompensa. El punto de partida de esta doctrina es este pasaje del *Apocalipsis* (II, 10): *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ*, «sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».

1.° La corona designa con más frecuencia el martirio, en el lenguaje habitual de las actas y de los martirologios. Las actas de San Policarpo, monumento tan venerado de la antigüedad, dicen que fué *coronado* con la *corona incorruptible;* y las de San Ginés: *Martyrii coronam capitis obtruncatione promeruit*, «consiguió la corona del martirio por la decapitación». San Cipriano llama constantemente á los mártires *coronandos*, *coronæ próximos*, *coronatos*. San Gaudencio de Brescia (*Serm. in* XL, *mart.*) nos representa los cuarenta mártires contemplando durante su suplicio la *corona* que brillaba para ellos en el cielo, y agrega que uno de los mártires, falto de valor, *perdió la vida* (eterna) *y con ella la corona*. Corona y martirio eran sinónimos en la primitiva Iglesia: hasta tal punto que Prudencio, componiendo poemas sobre los mártires, los titula περὶ στεφάνων, *De coronis*, y el Papa Honorio I da el nombre de los Cuatro-Coronados á la iglesia que dedica á la gloria de cuatro mártires.

De ahí proviene que nuestros padres adornasen con coronas desde un principio la cruz, estandarte de la victoria del divino jefe de todos los mártires (Paulin. *ep.* XII. *Ad. Sever*):

Crucem corona lucido cingit globo,

y que, queriendo designar también simbólicamente el triunfo conseguido por los héroes cristianos, suspendían ó representaban simplemente, en sus tumbas, coronas de laurel, de palmas, de flores ó de metales preciosos.

Conviene decir, sin embargo, que esta costumbre no es enteramente primitiva en el cristianismo. No fué adoptada por nuestros padres sino cuando no pudo ser considerada como una imitación de las supersticiones idolátricas. Antes, por el contrario, los Padres, entre otros San Justino y Tertuliano, la rechazan como indigna de un cristiano; nos complace, sobre todo, citar este curioso pasaje del diálogo de Minucio Félix (pág. 347, edit. Ouzel. Lugd. Batav., 1672), en el que Octavio responde á Cecilio, que censuraba en los fieles esta abstención como un crimen: «Si no coronamos nuestra cabeza de flores, excusadnos, por que nuestro olfato no está en nuestros cabellos; no ponemos coronas á los muertos, y por esto nos admira la censura que nos hacéis. ¿De qué les servirían las flores, si carecen de sensibilidad, y si la tienen, por qué los entregáis á las llamas? Y por otra parte, que sean felices ó desgraciados, las flores son igualmente inútiles para ellos. Nuestros funerales se hacen con la misma sencillez que nos ha distinguido durante la vida. No coronamos á los muertos con flores que bien pronto se marchitan, sino que esperamos de Dios mismo una corona incorruptible.» La sencillez de las tumbas cristianas de los primeros tiempos está enteramente en armonía con esta doctrina, que no debía modificarse sino por causa de la paz. Entonces sólo la piedad hácia los muertos, y sobre todo por los restos de los mártires debía tomar libre vuelo, y manifestarse por el empleo de las decoraciones triunfales que son el objeto de este artículo.

2.° Se ve algunas veces, particularmente en los antiguos mosáicos, una mano, que es el jeroglífico de Dios Padre (véase el artículo *Dios*), colocar ó tener suspendida una corona sobre la cabeza de un mártir, sobre la de Santa Eufemia, por ejemplo (Ciampini. *Vet. mon.* II,

tab. XXXV), ó sobre la de Santa Inés (ídem, II, XXXIX). Tal es también el fresco de San Ponciano (Bottari, tab. XLV) que respresenta á Dios coronando de flores á San Abdón y á San Senén (véase la figura del artículo *Abdón* y *Senén*): tales son también esos numerosos fondos de copa donde Nuestro Señor coloca con cada mano una corona sobre la cabeza de dos Santos, de San Pedro y de San Pablo, por ejemplo, de San Pablo y de San Timoteo (véase Buonarr., *passim*.—Garrucci. *Vetri con figure in oro*. tab. XXIII y *passim*). Algunas monedas bizantinas, por ejemplo, las de Arcadio, de Euxodia, de Pulquería y de Elia Zenónide, tienen también una mano que lleva una corona encima del busto imperial.

¿Se debe reconocer un emblema análogo en una piedra sepulcral (Aringhi, II, 678) en la que un pez lleva en la boca una corona? ¿No es Jesucristo, el divino pez, quien presenta la corona al mártir sepultado debajo de esta piedra? M. Perret (III, pl. XXIV) publica, según d'Agincourt, un fresco que figura la co-

ronación de una mártir por dos personajes que, según toda probabilidad, no son otros sino Dios Padre y Dios Hijo. En este último caso, sin embargo, estos dos personajes podrían representar á los santos que habian precedido al mártir en el cielo. Se observa también en un medallón de plomo, publicado por el P. Lupi (*Dissert. e lett.*, I, 197), un brazo colocando una corona sobre la cabeza de una mujer, que es el símbolo del alma de San Lorenzo al escapar de su cuerpo, representado expirante sobre las parrillas (véase esta figura en el artículo *Alma*). A veces el busto mismo del mártir ó del fiel está encerrado en una corona (véase Aringhi, II, 678); el busto de un guerrero así coronado (ídem. pág. 244) está, además, rodeado de dos Victorias aladas, y de dos jóvenes en cuadrigas, que llevan también coronas y palmas. Difícil sería expresar más enérgicamente el triunfo de un mártir. A veces es un epitafio el que está trazado en el centro de una corona. Tal es el *titulus* de una vírgen llamada Victoria (Perret., V, pl. LX, 18); y aquí la corona podía contener una doble alusión á su nombre y á su muerte generosa.

Estos emblemas de victoria varían hasta lo infinito. Así la bóveda de una cripta del cementerio de Priscila (Bottari, tav. CLXXIV) presenta cuatro coronas, en el centro de las cuales se encuentra una paloma que lleva en su pico una rama de oliva; esta es la unión del símbolo de la victoria con el de la paz, que es el fruto ulterior. Hay á veces una sola corona colocada entre dos mártires, San Pedro y San Pablo, por ejemplo (Buon., X, segg.), y en un fondo de copa muy curioso (ídem, XVI, 1), los dos Apóstoles parecen conversar con la corona que los espera, porque fijan sus miradas en la que está suspendida en medio de ellos, según el consejo que San Pablo daba á los cristianos de tener siempre, para fortalecerse en las pruebas, los ojos dirigidos hacia la corona inmortal (2 *Tim*, IV, 8 y *passim*).

Se encuentra de vez en cuando la corona acompañada de la palma, como en los sepulcros de Sabbatio (Buonarr.. *Vetri*., 167), de Antonia (Lupi. *Epit. Sev.*), de Eucarpia (Perret, IV, 18); ó también de la cruz, y entonces, según San Paulino (Ep. XXXII. *Ad Sever.*), la unión de estos dos símbolos expresa colectivamente el mérito y la recompensa:

Sanctorum labor et merces sibi rite cohærent,
Ardua crux, pretiumque crucis sublime corona.

«El trabajo de los Santos y su recompensa están estrechamente unidos: la pesada cruz y la corona, sublime precio de la cruz (constantemente llevada).»

El mismo sepulcro está á veces adornado de varias coronas, lo que expresa los diversos méritos hechos por el mártir, y parece la traducción figurada de este curioso pasaje de San Euquerio con motivo de los mártires de Lión (*Homil. de S. Blandina*): *Cruciatibus afflicti, suppliciis explorati, sævis ignibus decocti, quantas susceperunt in corpore pœnas, tantas in spiritu perceperunt coronas*, «mortificados por los tormentos, probados por los suplicios, quemados por fuegos crueles, tantos martirios soportaron en sus cuerpos, como tantas coronas recibieron en sus almas». Por eso Santa Inés está representada en un vaso dorado (Buonárr., XVIII, 3.—Véase la figura en el artículo *Inés* (*Santa*), pág. 32), con dos palomas que la ofrecen cada una una corona, la de la virginidad y la del martirio; esto es lo que indica Prudencio en bellos versos (*Peristeph.*, XIV, 7) que hemos citado en otra parte.

3.º Se daba también el nombre de *coronas* á ciertas lámparas que tenían esa figura y que se suspendían cerca de las tumbas de los mártires (Aringhi, II, 676). Tal era la que Constantino colocó delante del cuerpo de San Pedro (Anastas. *In Sylvestr.*), tales son también las que se distinguen en el centro de los arcos de las basílicas, pintadas en miniatura en el menologio de Basilio, y en particular delante de la imagen de San Vicente (*Menol. Basil.*, XXII. jan.). Los antiguos mosáicos, entre otros el de San Apolinario de Rávena (Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XXIV), presentan coronas ó lámparas de esta clase suspendidas sobre la cabeza de los Santos, colocados á su vez en nichos.

4.º Existe una clase de representaciones aisladas, que los anticuarios llaman *oblaciones*, y que se ven en una multitud de mosáicos de la más alta antigüedad. Son mártires, apóstoles ú otros personajes, que llevan en el paño de su capa coronas de oro que ofrecen al Cordero, ó al Redentor en su forma humana, ó también á un asiento vacío que lo representa. Esto es lo que puede verse especialmente en los mosáicos de Santa María in Cosmedino, y de San Juan in Fonte de Rávena (Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XXIII, 1, pág. 234).

5.º Á pesar de todo lo que acabamos de decir, no podría asegurarse que todas las coronas que se encuentran en número infinito en los monumentos fúnebres de la Iglesia primitiva, indican invariablemente la tumba de un mártir. Están á menudo colocadas sobre los restos de confesores y aun de simples fieles, porque sin la efusión de sangre, la santidad es una victoria que tiene también en el cielo su corona (véase el artículo *Confesores*).

Non parta solo sanguine
Ornat beatos purpura:
Sunt incruenta, quæ suos
Habent triumphos prælia.

(*Común de los justos* en el breviario.)

Así, sabemos por San Gregorio de Tours que estaban puestas coronas en el sepulcro de San Martín (l. I, c. 2), y la crónica del Monte Casino (lib. III, c. 3) menciona un hecho semejante en el sepulcro de San Benito. También á los ojos de los anticuarios más inteligentes, estas coronas no valen por sí solas, como prueba del martirio, lo que cuando están acompañadas de otros signos inconstestables, tales como lienzos ó esponjas empapados en sangre, ó los instrumentos del suplicio encerrados en las tumbas.



Los emperadores cristianos distribuían á sus soldados coronas de laurel, adornadas con el monograma de Cristo (véase Aringhi, II, 672), para hacerles comprender (Baron. *Ad ann.* 351, n. 1) que recibían coronas, no de Apolo, como lo suponía la antigua superstición, sino de Jesucristo, único dispensador de la victoria. Casi en todos nuestros monumentos antiguos el monograma ☧ está encerrado en una corona, pero estas citas serían aquí superfluas.

**CORONACIÓN DE ESPINAS.**—Véase el artículo *Pasión*, II, 2.

**CORPORAL.**—Los escritores eclesiásticos designan con el nombre de *corporal*, ó de *corporalis palla*, el lienzo que se extiende sobre el altar para depositar en él las santas especies durante la celebración de la misa. El corporal es tan antiguo en la Iglesia latina como en la Iglesia griega. San Isidoro de Damieta lo nombra con una palabra griega que tiene la significación general de mortaja, y dice que es la figura del sudario con que José de Arimatea sepultó el cuerpo del Salvador; todavía lo designa con las palabras *ad carnem* (L. I, epist. 123.—Cf. Thiers. *Autels.*, página 156), como tocando inmediatamente la sagrada carne de Jesucristo, pero contra la opinión de otros autores que titulan de este modo el primer mantel del altar. En San Isidoro de Pelusa (L. I, ep. 123) es llamado τὸ εἱλέτον, del verbo εἱλέω, *involvo*, «yo envuelvo», porque se le doblaba sobre las santas especies. Los Griegos colocan también sobre el corporal, en medio del altar, el libro de los santos Evangelios.

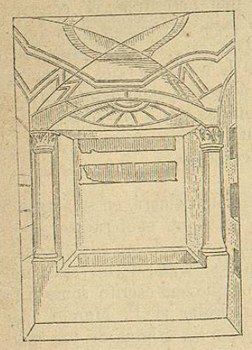
Por lo que respecta á la Iglesia latina, parece que antes de San Silvestre, que ocupaba la silla pontifical en 314, no era siempre el corporal de lino, sino algunas veces de tela. Este Papa fué quien dispuso la materia de que debía hacerse, y ordenó que no sería ni de seda ni de ninguna otra tela teñida, por la razón de que el cuerpo de Nuestro Señor fué sepultado con una mortaja muy blanca, de la que el corporal es la figura. Esta disposición consta en las actas del segundo Concilio de Roma, que se cree haber sido celebrado bajo San Silvestre en 324. *Constituit*, dice Anastasio (*In Sylvest.*), *ut sacrificium altaris non in serico, neque in panno tincto celebraretur, nisi tantum in lineo ex terra procreato, sicut corpus Domini nostri Jesu Christi in sindone lineo et mundo sepultum fuit.*

Los corporales eran en otro tiempo mucho mayores que hoy: cubrían completamente el altar, y aun colgaban á cada lado, de tal modo, que doblados sus paños pudiesen cubrir todos los panes, muy numerosos á menudo, atendiendo á la multitud de comulgantes. Su anchura era tal, que necesitaba el concurso de dos diáconos para extenderlos y doblarlos (*Ordo Rom.* tit. *Ord. process. apud Mabillon*). Las proporciones de los corporales fueron reduciéndose poco á poco, cuando se introdujo en la Iglesia el uso de las misas privadas. El orden romano contiene tres oraciones para la bendición de los corporales.

**CRIPTAS.**—Esta palabra, en su acepción general, significa un lugar subterráneo y oscuro, debajo de una casa ó de un edificio cualquiera. Pero cuando se trata de las catacumbas, los anticuarios que han escrito sobre esta materia, y en particular el P. Marchi (página 168), distinguen las criptas de los *cubicula*. Las criptas son, relativamente á los *cubicula*, lo que el todo es á la parte. Esta distinción se funda en un pasaje, que no puede ser más claro, de Anastasio el Bibliotecario (*In S. Marcellin.*), donde dice que Marcelo sepultó el cuerpo de San Marcelino Papa y de sus compañeros: «En la Vía Salaria, en el cementerio de Priscila, en la cámara clara, *in cubiculo claro*, que se abre hasta hoy en la cripta, cerca del cuerpo de San Crescencio, IN CRYPTA *juxta corpus S. Crescentionis.*» Según toda apariencia, la cripta en cuestión se componía de dos *cubicula*, una en la que Marcelo sepultó á Marcelino y sus compañeros de martirio, la otra donde descansaba con anterioridad el cuerpo de San Crescencio. La palabra *cripta* empleada en este sentido se encuentra también en los monumentos epigráficos (Marchi, página 102): IN. CRYPTA. NOBA. RETRO. SAN ‖ CTVS; M. Perret (V. XXIX, 67) publica una, según Settele, donde se dice también que una nueva cripta, CRYPTA NOBA, había sido abierta en el cementerio de Balbino para la sepultura de un sujeto llamado SABINO, y de su mujer probablemente, porque el sepulcro es bisomo.

Todavía existe otra diferencia entre una y otra, y es que los *cubicula* eran en general sepulturas de familia, establecidas á sus expensas y de estrechas dimensiones, mientras que las *criptas*, que en el fondo no eran otra cosa que pequeñas iglesias provistas de *arcosolia*, servían para las reuniones de los fieles y para la celebración de los santos misterios, y por esta razón eran más espaciosas, más elevadas y siempre dobles, para la separación de los dos sexos (véase Marchi, pág. 161). Tienen algunas veces una entrada en cimbra adornada de dos pilastras (véase Marchi, tav. XXX) con capiteles de cierta elegancia; la figura adjunta puede dar una idea. A menudo también se distinguen los goznes de las puertas que separaban la cripta propiamente dicha de un vestíbulo que estaba destinado á los catecúmenos. Boldetti asegura haber visto también en su

lugar una de esas puertas, que era de hierro (véanse los artículos *Cubicula*, *Basílicas cristianas*, *Confessio*). Se hallarán muchos planos de criptas de las catacumbas en la obra del Padre Marchi, y en la de M. Perret (t. III, pl. XXIX, XXX y XXXI). Hay criptas que reciben la luz por una abertura que comunica con la campiña romana (véase el artículo *Luminare criptæ*). Hay criptas con tres cámaras (Marchi, tav. XXXIII): la más adornada, que está á la vista de las otras dos, estaba probablemente reservada al clero.



Muchas antiguas iglesias de la Galia poseen criptas que se remontan á la época de la primera predicación del Evangelio en nuestra comarca. Se ve en ellas un modesto altar de piedra, á cuyo alrededor se encuentran asientos groseramente tallados en la roca. A veces aparecen todavía en los muros restos de pinturas. Las más bellas criptas de Francia son las de Chartres, de Bourges, de Saint-Denis. La de Saint-Mellon de Ruan ofrece todos los caracteres de una construcción del siglo IV. Los cuerpos de San Mellon y de San Victrix descansan allí en tumbas coronadas de cimbradas aberturas que recuerdan por completo los arcosolia de las catacumbas. No debemos olvidar la cripta de Saintes, en la que se descubrió el sepulcro de San Eutropio el día 19 de Mayo de 1843. (Véase *Colección de documentos referentes al reconocimiento de las reliquias de San Eutropio de Saintes.*—Saint-Jean-d'Angély, in 4.º).

**CRISMA (Santo).**—En un principio, el aceite fué la única materia del santo crisma, entre los Latinos como entre los Griegos (Cypr. *Epist.* LXX.—Optat. Milev. *De schism. Donat.*, l. VII.—Basil.. *De Spir. S.*, c. XVII). Hacia los comienzos del siglo VI fué cuando se empezó á mezclar con el aceite bálsamo, que en otro tiempo se encontraba en Judea (Greg. Magn.. *Comment. in Cant.*, c. I. — Véase *Dissert. Mich. Amat. de opobalsamo*), y los Latinos usaron del crisma así compuesto casi hasta el siglo XVI. Pero como por esta época trajeron los españoles un nuevo bálsamo de las Indias, Paulo III y Pío IV permitieron á los Latinos darle la preferencia (véase Pellicia, I, página 33). Los Griegos tienen costumbre de mezclar con el aceite, además del bálsamo, una cuarentena de otras especies aromáticas, cuya curiosa nomenclatura puede verse en su eucologio (Cap. *De Chrismat. conficiendo*).

La consagración del crisma estuvo siempre reservada á los obispos, que lo distribuían á los curas de sus diócesis (*Epist. Gelas P. P.* ap. Mabill. *Mus. Ital.*; t. I. — Renaudot. *Perpét. de la foi.*, I, 5, pág. 171). Desde el siglo I al V no estuvo dedicado ningún día especialmente á esta consagración; desde el siglo V se fijó en el jueves de la Semana Santa (*Sacram. Gelas.*). Esta regla no fué, sin embargo, adoptada inmediatamente en todas partes, porque los obispos de la Galia, en esta época, consagraban el crisma en un día cualquiera (véase *Conc. Meld.*, an. 845). Los Griegos, aunque, como la Iglesia latina, hayan señalado el Jueves Santo, consagran, no obstante, el crisma en cualquier tiempo, si llega á faltarles.

El rito de consagración del crisma se atribuye por San Basilio á los Apóstoles (Ibíd.), y algunos otros Padres han seguido esta opinión. Desde el siglo V, la consagración del crisma tenía lugar en la segunda de las tres misas que se celebraban el Jueves Santo, y esta misa era, por este motivo, llamada *missa chrismatis* (Ménard. *In Sacram. Greg.*, pág. 75). Entre los Griegos, como esta ceremonia estaba reservada á los patriarcas, se ejecutaba con gran pompa (Baillet. *Fiestas movibles, Jueves Santo.* — Véanse los artículos *Bautismo* y *Confirmación*).

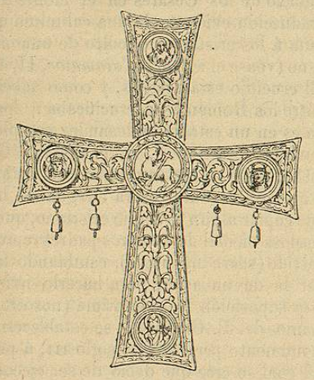
Había en la antigüedad un vaso en forma de patena destinado á contener el santo crisma: se llamaba *patena chrismatis: Patenam argenteam chrismalem obtulit*, dice Anastasio el Bibliotecario con motivo de San Silvestre.

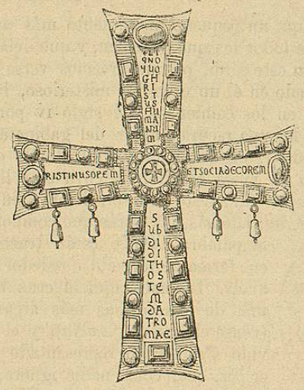
**CRUCIFIJO.**—I. La representación del Salvador crucificado ofrecía, en los primeros siglos, dificultades é inconvenientes de importancia. El horror y la repugnancia que inspiraba á los antiguos, aun convertidos al cristianismo, el infame madero de la cruz, tardaron mucho tiempo en desaparecer; esta repulsión sobrevivió todavía á la abolición del suplicio de la cruz por Constantino (Aurel. Victor., página 526). Por otra parte, el culto de un Dios crucificado, mal comprendido ó maliciosamente interpretado por los paganos, era el origen ó el pretexto de mil calumnias contra los fieles (véase el artículo *Calumnias*, II, 1.º, B.).

Esta doble causa basta, pues, para explicar la ausencia casi completa del crucifijo en los monumentos verdaderamente primitivos. Esta abstención, dirigiendo la fe, todavía escasa, de los catecúmenos y de los neófitos, quitaba á las impías burlas de los idólatras uno de sus temas más habituales. ¿Y no se sabe que, con frecuencia, en esos malvados tiempos no había más que un paso de la burla á la persecución?



Sin embargo, en medio de estos obstáculos convenía un alimento y un excitante á la piedad de los fieles, que gustó siempre de pensar en los sufrimientos y en la muerte del Redentor. No pudiendo, pues, en vista de la presión de que estaba rodeada, presentar abiertamente á los ojos de sus hijos la imagen de ese Dios unido á la cruz, la Iglesia recurrió á la alegoría. Tomó sucesivamente los elementos de este lenguaje simbólico de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, y, lo que parecerá más admirable aun, de la mitología (véanse los artículos *Orfeo* y *Ulises, figura del Salvador*). Se complació sobre todo en presentarles la imágen del cordero como la más sorprendente de las figuras del Salvador de los hombres (véase nuestro *Estudio arqueológico sobre el Cordero y el Buen Pastor*. París-Lión, 1860). Para hacer más significativa la alegoría, se dieron al cordero los atributos del Salvador; y á medida que se concedió á la Iglesia mayor cantidad de libertad, estos atributos fueron más y más significativos, hasta que por último reprodujeron con claridad los del mismo Crucificado, el monograma en el siglo IV y la cruz desnuda en el V (véanse los artículos *Monograma de Cristo*, *Cruz* y *Cordero*). Pero desde principios del VI estos atributos toman un carácter más pronunciado: al principio es un cordero que lleva sobre su hombro una cruz con asta; después un cordero acostado sobre un altar, al pie de una cruz, *tamquam occisus;* un poco más tarde, el cordero tiene el costado abierto, y la sangre corre de esta herida, así como de las de los pies (véase Ciampini. *De sacr. ædif.*, tab. XIII); por último, un cordero pintado en el centro mismo de la cruz, en el sitio mismo donde bien pronto aparecerá Nuestro Señor en persona (Borgia. *De cruce Vatic.*). Nosotros reproducimos á continuación este precioso monumento.





Todas estas transformaciones se desarrollan, como hemos dicho, en el curso del siglo VI. Este último tipo, que es el de la famosa cruz vaticana, está adornado arriba y abajo de un busto de Nuestro Señor: el primero bendice con la mano derecha á la manera latina, y tiene en la izquierda un libro, *codex;* el de abajo lleva en la mano derecha un volumen enrollado, *volumen*, y en la izquierda una pequeña cruz. Este, como se ve, es un ensayo tímido, donde el oprobio todavía está borrado por la gloria, porque la cabeza del Salvador está adornada con el nimbo y no lleva ningún signo de dolor.

Algunas ampollitas de Monza, que también pertenecen al siglo VI, puesto que fueron ofrecidas por San Gregorio el Grande á la reina Teodelinda (véase el artículo *Oleos santos*), nos parecen marcar un nuevo paso progresivo en esta vía. La cabeza de Cristo se encuentra en ellas con un nimbo crucífero, y colocada sobre una pequeña cruz griega ó latina, ó de una cruz adornada con flores (véase Mozzoni. *Tav. della stor, eccl.*, VII. C. E. C. L.). El mosáico de la iglesia de San Esteban, casi de la misma época, lo presenta encima de una rica cruz gemada (ídem, ibíd., pág. 83). A derecha é izquierda se encuentran los dos ladrones, pero en cruz, y además el sol y la luna, accesorios habituales de las representaciones de la crucifixión. Uno de estos importantes monumentos va más lejos todavía: ofrece á Nuestro Señor de pie, la cabeza nimbeada, con largo vestido y los brazos extendidos en forma de cruz, como las *orantes* de las catacumbas, pero sin la cruz; tiene siempre á sus costados los ladrones crucificados, el sol y la luna, etc. Todas estas imágenes ofrecen un recuerdo tan atenuado como es posible, más bien que una verdadera representación de la crucifixión del Salvador. Y lo que hace ver todavía con más evidencia la vacilación demostrada al reproducir figuradamente sus humillaciones y sus dolores, es que en seguida, y debajo del asunto que acabamos de describir, y con la manifiesta intención de dulcificar la austeridad hasta cierto punto, no se deja nunca de representar el glorioso misterio de la resurrección: el se-